

GUILLERMO FELIÜ CRUZ

# LA BIBLIOTECA AMERICANA

DE DON

**JOSE TORIBIO MEDINA**

(Estudio publicado en la revista norte americana CHILE, a monthly Survey of Chilean affairs Vol. II n.º 10 pág. 199 y reproducido en la Revista Chilena de Historia y Geografía n.º 55.



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA CERVANTES

Agustinas 1354

1927

### OBRAS DEL AUTOR:

- Un documento sobre Balmaceda. 1922. (agotada)
- Don Enrique Matta Vial.—Su vida y su obra, su acción en el desarrollo de la cultura intelectual chilena. 1923 (agotada).
- La Revolución de 1891.—Apuntes de Don Carlos Boizard. 1923 (agotada).
- Catálogo de las Publicaciones de don José Toribio Medina, en colaboración con don Víctor María Chiappa. 1924 (agotada).
- La Primera Misión de los Estados Unidos de América en Chile, en colaboración con Mr. William Miller Collier. 1926.
- La Biblioteca Americana de don José Toribio Medina. 1927

### EN PREPARACION:

- La Primera Misión de Chile en los Estados Unidos.
- Don José Joaquín Pérez y su misión a la Confederación Argentina en 1837.
- O'Higgins y el Congreso Americano de 1834.
- Don Diego José Benavente y su tiempo.
- Los amigos de Carrera en los Estados Unidos.
- La Juventud de Isidoro Errázuriz.

Nota: De este opúsculo se han tirado 100 ejemplares.

# Dedicatoria

A Don

Joaquín Figueroa Larrain.

A Ud. que, como Director del Museo Histórico Nacional, supo ser jefe incomparable y bondadoso amigo, le dedica este opúsculo.

G. F. C.

BIBLIOTECA NACIONAL  
BIBLIOTECA AMERICANA  
"JOSE TORIBIO MEDINA"

## **La Biblioteca Americana de don José Toribio Medina**

Fiel a un pensamiento acariciado en los días de su mocedad, cuando consagraba al estudio minucioso de la cultura colonial americana largas vigiliass, e iniciaba ya entonces, la búsqueda de los materiales bibliográficos y documentales, que habrían de formar, con el transcurso de los años, su selecta librería, don José Toribio Medina ha obsequiado su valiosísima biblioteca a la Nacional de Santiago. Una labor de benedictino, ímproba y tenaz, representa esta biblioteca compuesta de 30,000 volúmenes que ahora el ilustre sabio, en un rasgo nobilísimo, ha entregado al patrimonio de sus conciudadanos. Ella constituye el resultado de una obra diaria y constante en el curso de más de cincuenta años, durante los cuales no ha cejado el gran polígrafo en la noble tarea de acopiar libros relativos a la historia americana. Y en este sentido su librería ha sido la satisfacción íntima de todas sus horas; en ella ha puesto todo su amor, sus grandes esperanzas y las más caras ilusiones de su dilatada y fecunda vida espiritual.

Encierran aquellos anaqueles, nutridos de libros escogidos por docta mano, el afectuoso calor de los años juveniles del señor Medina y todo el sereno cariño de estos sus

días de venerable y gloriosa ancianidad. En ellos, en efecto, ha encontrado su noble corazón los hijos queridísimos de toda su existencia, y parece que al no deparárselos el cielo como promesa de alegría de su apacible hogar—donde una discreta y suave compañera ha acariciado siempre sus proyectos—en los libros ha hallado el misterioso afecto que supone la imagen del propio ser.

No excluye el obsequio del señor Medina la vasta y completa colección de sus documentos reunidos en más de quinientos volúmenes que contienen, por decirlo así, la historia cabal y completa del desenvolvimiento de Chile. Abrese tan rica colección con los papeles relativos a Hernando de Magallanes y continúan después, en series ordenadas y metódicas, los de Diego de Almagro, Pedro de Valdivia y los gobiernos coloniales, para terminar con los de la Reconquista española durante los años de 1814 a 1817. Estos en cuanto a Chile se refieren; piezas del mismo carácter, relacionados en especial con la historia de América, abundan igualmente. Esos documentos constituyen un valioso acervo para el conocimiento del desarrollo de la historia de la geografía en el continente de Colón: Juan y Sebastián Caboto, Vasco Núñez de Balboa, Orellana, Pancaldo, Juan Fernández, Moguer, Sarmiento de Gamboa y otros, forman en el archivo de la Biblioteca Medina el más valioso contingente de materiales para sólidos estudios. Y añádase también los documentos del señor Medina sobre la Inquisición en América, sus papeles sobre la historia de la imprenta en el Nuevo Mundo y, por último, su notable colección de mapas chilenos y americanos y se tendrá así una idea de los tesoros que su archivo representa.

Un obsequio de la naturaleza y entidad como éste del gran polígrafo—presente que supera ciertamente por su intrínseca valía a aquellos de los reyes que oímos en los cuentos de nuestra niñez—habría bastado para enaltecer el nombre de Medina de un modo perdurable si el suyo

no estuviera como está, glorificado en todos los pueblos de habla castellana, y reconocido en cuantos institutos, universidades, bibliotecas y academias del resto del mundo miran en él al príncipe y maestro de la erudición americana.

El alma de un gran patriota revela este rasgo suyo: ha deseado el señor Medina que las herramientas que le han acompañado en su vida intelectual, y que él ha querido con entrañable afecto cual orfebre enamorado de su obra, queden en su patria al servicio de sus conciudadanos. No ha podido tentarlo la codicia de una venta suculenta traducida en algunos miles de miles de pesos. Recordamos, en efecto, haberle oído contar más de alguna insinuación en tal sentido de una que otra institución norteamericana. Precios locos, ofrecimientos tentadores, que en sí llevaban ingentes promesas de honor, no han podido producir en el alma del señor Medina el vértigo del dinero (1).

Quien ha derrochado a manera de magnate una fortuna—quinientos mil pesos por él mismo calculada—en publicaciones, viajes de estudio, investigaciones, adquisición de libros y documentos, ha cedido al Estado con igual peregrino desprendimiento el tesoro de su sabiduría. Sólo un alto concepto de vida espiritual y una gran fe en el porvenir de la ciencia, han podido despertar en el señor Medina la grandeza de su idea.

Si consideramos su inmensa labor intelectual, que abarca tantos aspectos diferentes, ella podría darnos una ligera

---

(1) Una institución americana quiso comprarle en 1902 al señor Medina su Biblioteca en la suma de \$ 500 000, sin la colección de sus manuscritos. De entonces a esta fecha los precios de los libros se han triplicado y un cálculo prudente permite avaluarla en \$ 1.500.000.

Lo que ha pedido Medina en su donación es irrisorio, sin embargo: que se le dé una sala especial cuya construcción va a costarle al fisco \$ 100.000; que la sala lleve su nombre; que el Conservador sea persona de su confianza y tenga la categoría de jefe de Sección de la Biblioteca Nacional.

impresión de la magnitud de su biblioteca. Historiador de todo un continente al decir de Garnett, el Conservador del Museo Británico; bibliógrafo, el mayor de la cristianidad, como lo llamara su colega en el mismo ramo don Luis Montt; etnólogo y antropólogo acreditado suficientemente con su libro *Los Aborígenes de Chile*; crítico literario brillante e ingenioso; numismático y cartógrafo de primera calidad, la amplitud de su labor se ha extendido hasta el estudio de las ciencias naturales a las que consagró en su primera juventud no pocos desvelos. Así, débele la entomología el descubrimiento de tal o cual insecto bautizado con su nombre.

Esta prodigiosa actividad mental nos ha llevado a pensar en más de una ocasión que Medina representa en nuestro siglo, como Castelar en el XIX, al más formidable trabajador intelectual. ¿Hay alguna labor científica más vasta que la de Medina en todos los países del habla de Cervantes?

Pero en esta noble tarea de acopiar libros relativos a la historia del Nuevo Continente, Medina ha procedido guiado principalmente por un objeto científico que está muy en consonancia con su espíritu, con el método admirable que ha impuesto a todos sus estudios, método éste que ha singularizado sus obras y ha puesto a prueba, en el mundo entero, la solidez de sus disquisiciones. Y no podía ser de otro modo para quien pretendía como Medina ser la fuente definitiva de toda la bibliografía americana. Esta ciencia, tan difícil de abarcar, tan llena de sorpresas y donde nunca se concluye de espigar, dió ocasión al ilustre sabio para dominarla en sus puntos capitales, no engolfándose en trabajos de segunda mano sino abordando el problema en su esencia misma. El libro, como hecho, era lo principal; obtenerlo y describirlo de *visu*, frente a él mismo, he ahí el mérito indisputable de Medina como bibliógrafo.

Es claro que un procedimiento semejante abona a sus estudios bibliográficos una seriedad y honradez incuestio-

nables, y al mismo tiempo ese procedimiento, en manos de un maestro como Medina, le ha permitido llevar a su librería los ejemplares más valiosos descubiertos o adquiridos en sus múltiples trajines. En tal sentido, pues, Medina ha sido en América lo que Nicolás Antonio, León Pinelo, González de Barcia, Gallardo, Salvá, Gayangos y Pérez Pastor para España; Ramusio y Muratori para los italianos; Asher, Humboldt y Holthuer para los alemanes; Ternaux-Compans, Brunet y Camus para los franceses; Robertson, Helps, Quaritch, Trubner y Markham para los ingleses; Rich, Warden, Squier, Harrisse, Huntington y William Cushing para los americanos del norte (1).

No faltaron tampoco ni han faltado después en el continente de las jóvenes repúblicas piadosos colectores de libros americanistas. Baste citar, aunque sea de paso, los nombres de Angelis, Mitre, Gutiérrez, Quesada, Herrera, Carranza, Fors y Beéche en la Argentina; el coronel Acosta y el señor Pineda en Colombia, cuya magnífica colección de documentos dió origen al Archivo Histórico de Bogotá; Andrés Lamas, Antonio Magariños Cervantes y Florencio Varela en el Brasil, Uruguay y Paraguay; Arístides Rojas, Ramón Azpurúa y Manuel Sánchez en Venezuela; Vaca Guzmán y Gabriel René Moreno en Bolivia; González Suárez, Gijón y Caamaño en el Ecuador; y en el Perú, el benemérito Mendiburu, Paz Soldán, el Almirante Carrasco, Suárez de Valdés, Ferreiros, Francisco Javier Mariátegui, Manuel de Odriozola, y, el más moderno de todos, el malogrado Javier Prado y Ugarteche. En México, donde los estudios históricos y bibliográficos han tomado un vuelo considerable, el solo nombre de García Icazbalceta y Beristáin de Souza bastarían para acreditar lo que el americanismo debe a aquel país.

---

(1) La colección de las obras de Medina, tan vasta y enorme como es, tendrá naturalmente en la Biblioteca un sitio especial. Véase nuestro *Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina* compuesto en compañía de don Víctor M. Chiappa. 1924.

El caso de Chile, no obstante, parécenos único. Tierra clásica de historiadores y juristas, según se ha dicho, donde ha florecido el más insigne bibliógrafo de todos los tiempos, aun descontando el considerable acervo del señor Medina, en ningún país del Nuevo Continente se ha trabajado con más ciencia y conciencia en el arte de atesorar libros colombinos y en ninguno se ha expurgado con más ahinco la bibliografía americana. La Biblioteca Nacional de Santiago cuenta con la librería más rica de esta clase de publicaciones que existe en todas las bibliotecas de las otras repúblicas. Y bien puede decirse que sus magníficas colecciones distribuídas geográficamente, reúnen lo esencial para cualquier estudio de carácter político, histórico, económico, social o literario. Más aún, la Sección Americana de ese establecimiento se complementa de un modo admirable con la Biblioteca del Instituto Nacional, cuyo fondo principal fué formado por la valiosa biblioteca del bibliógrafo argentino don Gregorio Beéche. Es sabido que este hombre, que derrochó una fortuna en la adquisición de obras puramente americanas, llegó a poseer la más completa colección de su género que hubo en todo el continente.

Una serie de incrementos sucesivos fué ampliando la extensión de nuestra biblioteca principal. Ya en 1846 el Estado adquiría la de don Mariano Egaña, luego la de don José Ignacio Víctor Eyzaguirre y más tarde la de don Ramón Briseño, riquísima en impresos chilenos de toda especie; ingresaban más tarde al patrimonio nacional las de don Nicolás Palacios y don Eusebio Lillo, sumando éstas como aquéllas, centenares de miles de volúmenes en otros tantos centenares de miles hasta llegar hoy día a unos 600,000. Y todavía espera la riquísima de don Diego Barros Arana que en cuanto a calidad bien puede inferirse lo que ella es revisando las nutridas y eruditas páginas de su magistral *Historia General de Chile*.

No alcanzaron, por desgracia, a quedar en el país las valiosas colecciones de Vicuña Mackenna, que en días de

dolorosos aprietos de fortuna vendiéndolas a los gobiernos de Buenos Aires y Lima cuando ya alcanzaban sus libros un total de cuatro o cinco mil volúmenes, escogidos personalmente por el espíritu curioso y zahorí del brillante publicista en sus viajes por el Nuevo y Viejo Mundo. Sin embargo algunos vinieron a pasar en seguida a la Biblioteca Nacional, si no los más raros y curiosos, por lo menos, algunos de interés. Ni fué dado tampoco, por una desidia incalificable, adquirir la no menos valiosa del erudito y consumado bibliógrafo don Luis Montt, que junto a sus libros, todos raros y curiosos, unía una nobilísima documentación histórica: aquellos libros como estos papeles, hoy forman parte de la Biblioteca de una Universidad norteamericana. En cambio, la de su hermano don Pedro, Presidente de la República, fué entregada sin reservas a la Biblioteca del Instituto Nacional.

Un carácter local o regional, muy fácil de comprender, ha presidido siempre la composición de las bibliotecas que hemos citado, con excepción de la Sección Americana de la Biblioteca Nacional de Santiago y la del Instituto que, como queda dicho, recibió el valioso aporte de la completísima librería de don Gregorio Beéche. No poca influencia ha tenido en ello la falta de un acentuado y constante servicio de intercambio intelectual entre los diversos países hermanos; y, sobre todo, la ninguna cooperación efectiva que a estas labores han prestado los gobiernos de estas repúblicas. Son éstas las razones que explican, por demás, la insuficiencia de las diversas colecciones diseminadas en el resto del mundo bolivariano. Pero en el caso particular y excepcional de la librería del señor Medina, no puede decirse lo propio. En su tarea de bibliógrafo e historiador, el ilustre polígrafo ha ido recogiendo personalmente los libros capitales que decían relación con sus estudios. En esta faena, sus viajes por los diversos países del Continente pudieron allanarle hasta, cierto punto, sus pesquisas; en el Viejo Mundo sus rebuscas en España, Francia,

Inglaterra, Bélgica, Italia, Viena y Alemania, colmáronle prontamente, aunque con no poco trabajo, sus actividades de insigne colector.

Ha sido, pues, su biblioteca formada con un propósito deliberado, siguiendo un plan trazado cuidadosamente y en el cual el método resalta a simple vista. Como librería americana supera en lo moderno de la producción a cuantas ahora existen, y es fácil comprender el por qué de ello. El nombre de Medina, que va unido a cuanto punto de la historia del Nuevo Continente se quiera investigar, lleva envuelto también el de maestro de la erudición, y sea por razones de cortesía, afecto y simpatía o de simple interés profesional, nadie en Europa ni en América excusa el envío de sus libros al ilustre sabio. Añádase a esto que el señor Medina es un formidable comprador de libros.

Dos tomos macizos, apretados y compactos, forman el índice de su biblioteca. Rotúlance esos volúmenes *Catálogo Breve de la Biblioteca Americana que obsequia a la Nacional de Santiago José Toribio Medina*, y en ellos se describe únicamente los impresos. Queda aún por publicarse uno o dos tomos más con el índice de los manuscritos, labor en la cual estamos nosotros empeñados.

El regio donante—bien podemos así llamarlo—ha agrupado sus libros por países en su catálogo. Cada lugar geográfico, incluyendo naturalmente los Estados Unidos, lleva un rubro especial. Así, el primer capítulo comprende la Bio-bibliografía de América en general, el segundo se refiere a las Lenguas que se inicia con las generalidades. Anota y describe los libros que se refieren al Castellano, Abipon, Afronegrismo, Aimará, Alakaluf, Allentiac, Andino, Araucano, Atacameño, Azteca, Betoya o Tucano, Brasileña, Caduveo, Cahuillo, Cakchiquel, Caraibe, Caribe, Caxinauas, Cunza, Cumanagota, Chanase, Charrúa, Chiapaneca, Chinook, Chiriguano, Chuchona, Esquimal, Fuegoño, Guajiro, Guaraní, Guatemalteco, Guaycuru y Chiquito, Guayra, Het, Huasteca, Itonama, Jagame, Japona, Kariri, Kiché, Kosmal, Leca, Lule, Lule y Tunocoté,

Marawan, Mataco, Mazahua, Mbaya, Mechuacán, Mexicana, Milcayac, Miranya, Misteca, Mixe, Mosetena, Moxa Nahuatl, Otomí, Otuké, Pajalate y otras, Pampa, Pano, Peba, Pehuenche, Puquina, Quiché, Quichua, Rapanui, Schipibo, Tagalo, Takana, Tarasca, Tehuelche, Tikuna, Timucúa, Toba, Totonaco, Tshon, Tupi, Tupi-Caribi, Vilela o Chulupí, Yahgan, Yucateco, Yunga y Zapoteca.

Un tercer capítulo está consagrado a América en general y en él se coleccionan aquellos títulos de obras que directa o indirectamente estudian diferentes aspectos del Nuevo Continente. El cuarto, está destinado a los viajes relativos al Nuevo Mundo y podemos decir sin temor de equivocarnos que es completísimo ya que en él figuran tanto los viajeros antiguos y modernos. Suman éstos un total de 200 a 250 volúmenes. Viene en seguida la parte de fondo propiamente tal de la Biblioteca Medina. Se inicia ésta con la América Central, incluyendo Guatemala con los libros impresos en esta ciudad durante la Colonia desde 1660 hasta 1821; Costa Rica, Honduras, Nicaragua y Salvador, durante el mismo período; las Antillas, con Cuba donde se halla la producción de La Habana desde 1707 a 1810; Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, Jamaica y otras islas.

La República Argentina, antiguo Virreinato del Río de la Plata, que comprendía el Paraguay, Uruguay y Bolivia, está representada en el catálogo de la Biblioteca Medina con la producción colonial impresa desde los días de las misiones jesuíticas o sea desde 1705 hasta 1810. Bolivia, que no alcanzó el honor de una imprenta durante la dominación española, cuando ésta se llamaba entonces Alto Perú o Charcas, está inventariada con toda su literatura desde 1820 hasta hoy. La parte consagrada al Brasil ocupa también una extensión considerable, ya por referirse a los días más lejanos de su desenvolvimiento intelectual como por abarcar una considerable parte de producción contemporánea. Colombia, contiene los impresos de la ciudad

de Bogotá desde 1739 hasta 1821 y los de la ciudad de Cartagena de las Indias desde 1809 a 1820; y Ecuador, incluye la literatura de la ciudad de Quito desde 1770 hasta 1818.

Pero, sin lugar a dudas, el inventario bibliográfico de la producción intelectual de México durante los años de 1539 hasta 1826, constituye la parte más rica de su biblioteca. Describe en las páginas siguientes los impresos de otras ciudades mexicanas como Puebla de los Angeles, 1640 a 1821; Guadalajara, 1793-1821; Mérida de Yucatán, 1813-1821; Oaxaca, 1720-1820; Veracruz, 1794-1821; y, por último, la Sección destinada a México en general, donde se encuentran catalogados los libros contemporáneos. Paraguay reúne tanto la producción antigua como moderna; el Perú, que fué uno de los primeros países que tuvo imprenta, figura con la producción de Lima, Cuzco y Trujillo desde 1584, fecha de la introducción de la imprenta en la ciudad de los Virreyes, hasta 1824, y desde 1820 hasta 1825 para las otras ciudades ya indicadas. La producción moderna de ese país es completísima también.

El resto del catálogo lo compone la descripción del inventario bibliográfico de los libros uruguayos tanto antiguos como contemporáneos; los de Venezuela, incluyendo la ciudad de Caracas desde 1739 a 1821 y con un fondo general destinada a las modernas.

Naturalmente el inventario bibliográfico de los Estados Unidos no aspira a ser completo. Huelgan razones para comprenderlo. Sin embargo, por la naturaleza misma de los estudios del señor Medina, esta Sección contiene lo indispensable para el estudio de la historia del desarrollo de la gran república, y, sobre todo, es riquísima desde el punto de vista de los libros estadounidenses que se refieren a América del Sur. En tal sentido constituye un acervo del más alto valor para informarse del pensamiento de los Estados Unidos con relación a las jóvenes repúblicas latinas. Filipinas y el oriente, con la descripción de todos los

impresos de la ciudad de Manila, forman las otras secciones de esta biblioteca, donde se encuentran joyas bibliográficas avaluadas en 400 libras esterlinas o 1,000 marcos. La bibliografía numismática, estudios a los cuales el señor Medina ha consagrado tantos desvelos, la descripción de la mapoteca y la de las estampas finalizan el segundo tomo del catálogo de su biblioteca.

Inoficioso nos parece referirnos a Chile. Fácil será comprender cuánto atesora esta Sección. Encuéntranse aquí todas las publicaciones hechas en España durante el período colonial referentes a este país que el señor Medina ha dado a conocer en su monumental *Biblioteca Hispano Chilena*. Por lo que hace a las obras inglesas, francesas, americanas y alemanas que dicen relación con Chile, éstas suman un conjunto tan valioso como indispensable para llegar a penetrar hondamente en la historia nacional. Añádase a esto todavía una colección completa de las ediciones de la Araucana de Ercilla, el poema de que el señor Medina ha vivido enamorado. Entre éstas, hay algunas tan raras que suman un valor de más de 100 libras, así como atesora también ejemplares únicos en el mundo de otros libros consagrados al americanismo.

Hemos vivido al lado del señor Medina vinculados por un gran cariño, por un afecto tan sincero como grande, y sin límites es la veneración que sentimos por la magnitud de su obra. Cuando iniciábamos nuestros estudios y cuando apenas nos lanzábamos en esta carrera de las letras nos fué dado conocerle, hace doce o trece años, siendo aun adolescentes. Llegamos hasta él sobrecogidos de emoción. La acusaban nuestras palabras temblorosas al hablarle de proyectos literarios, algunos ya iniciados y otros que todavía alimentamos. El venerable anciano, nimbada ya su cabeza por la gloria, supo acogernos con ese cariño que es aliento y que hoy le devolvemos con la más íntima gratitud. Desde entonces, a pesar de las diferencias de edad, hemos entrelazado con el señor Medina el más sólido de los afectos. Y él ha querido honrarnos,

inmerecidamente, designándonos Conservador de ésta su Biblioteca.

Todo el monumento de esfuerzo, de constancia y sabiduría que ella representa va a quedar instalado en una sala del nuevo palacio de la Biblioteca Nacional. Severa en sus líneas, elegante y correcta en su distribución, la anima un estilo que armoniza a maravilla lo arcaico con lo moderno; sobria en las proporciones y ponderada en el gusto, esa sala que llevará a perpetuidad el nombre de José Toribio Medina, será en lo sucesivo el símbolo elocuente que acredite a chilenos y extranjeros la magnanimidad del alma del gran escritor, y evoque, cuando él haya dejado lo terreno y suba camino de la inmortalidad, que no hubo vida más pura que la suya, que dió a la ciencia los desinteresados afanes de su portentoso y noble entendimiento.

### GUILLERMO FELIÚ CRUZ,

Antiguo Secretario de la Sección de Historia de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; ex-Bibliotecario de la Biblioteca del Instituto Nacional; Ex-Redactor de «El Mercurio» de Santiago de Chile; Ex-Director de la Revista Chilena; Conservador del Museo Histórico Nacional y de la Biblioteca Americana «José Toribio Medina» de la Biblioteca Nacional; Miembro de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía; Jefe de Trabajos Prácticos del Seminario de Historia del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile; Miembro de la Sociedad de Americanistas de París.